

*La imagen estereotipada de Hungría transmitida por Vicente Blasco Ibáñez*¹

RENÁTA BOJNIČANOVÁ
SALUSTIO ALVARADO

Abstract. *The stereotypical image of Hungary transmitted by Vicente Blasco Ibáñez.* This study focuses on stereotyped images and topics relating to Hungary and the Hungarians, as presented by the Spanish writer Vicente Blasco Ibáñez in his travel book *Oriente (The Orient)*, written in 1907 en route to the Ottoman Empire. Two chapters from part one of the book are about a stage in his journey that was a boat trip along the Danube, starting in Vienna and finishing in Budapest. This section of the book deals with the Hungarian Kingdom within the Austro-Hungarian Empire. In these chapters the author displays a rudimentary knowledge of Hungarian history, and interprets the political and social reality of the country in a simplistic, topical, distorted way. The author describes the landscape and the historic monuments, as well as making a political analysis of the ambitions of Hungarians within the Empire. He compensates for his lack of knowledge by offering his readers stereotyped images of what, in his time, would be seen as typically Hungarian. Nevertheless, he succeeds in foretelling the collapse of the Austro-Hungarian Empire, and suggests this would happen as a consequence of an armed conflict, even though he cannot imagine how near in time it actually was, or the circumstances surrounding it.

Keywords: Vicente Blasco Ibáñez, Hungary, topical image, stereotyped image, travel book, *Oriente*

Introducción

Como es bien sabido, Vicente Blasco Ibáñez (1867–1928) fue un infatigable viajero. Recorrió el mundo tanto por curiosidad y con el fin de ir en busca de nuevas experiencias que reflejar en sus novelas, como, en ciertos casos, para huir

¹ This article is a contribution to the project APVV-20-0179, with the title “Interactive hypertext lexicon of literary studies with a corpus of key literary studies texts”. This work was supported by the Slovak Research and Development Agency under the Contract no. APVV-20-0179.

de la persecución política y judicial por sus ideas republicanas. La obra del valenciano está, desde el principio hasta el final, jalonada de libros de viajes: *París, impresiones de un emigrado* (1893), *En el país del arte (tres meses en Italia)* (1896), *Oriente* (1907), *Argentina y sus grandezas* (1910), *El militarismo mejicano* (1920) y *La vuelta al mundo de un novelista* (1924–1925). En el libro *Oriente* el autor relata el viaje en tren que llevó a cabo desde la ciudad francesa de Vichy hasta Constantinopla, capital del todavía existente Imperio Otomano, y está dividido en dos partes, tituladas respectivamente “Camino a Oriente” y “En Oriente”. La primera parte, “Camino a Oriente”, culmina en los capítulos XIII – “¡Hermoso Danubio azul!...” y XIV – “La ciudad de los magiares”, en los que el autor refleja su visión, un tanto deformada y plagada de imágenes estereotipadas del antiguo Reino de Hungría en los años anteriores a la Primera Guerra Mundial.

1. Hungría vista por Vicente Blasco Ibáñez

El viaje de Viena a Budapest presenta la peculiaridad de que Blasco Ibáñez decidió, renunciando al ferrocarril, hacerlo en un medio de transporte más lento, el barco. Al escoger el medio fluvial, la visión del escritor quedó encasillada entre las orillas del Danubio, sin poder acceder a una panorámica más variopinta de la realidad del país, que quizá le habría proporcionado el más breve desplazamiento en tren. La parte sobre la que va a versar el presente trabajo comienza con el párrafo:

Al llegar á la desembocadura del Morava en el Danubio, acaba el territorio austriaco y empieza el de la autónoma Hungría, que tiene por rey al emperador de Austria, pero se gobierna aparte, con toda la altivez de un pueblo de vieja historia. (Blasco Ibáñez 1924: 100)²

Como consecuencia de la propaganda política de la revolución de 1848 y luego del Ausgleich-Kiegyezés, es decir, del Compromiso Austro-Húngaro de 1867, Hungría se hacía pasar ante el concierto de las naciones por un país unido y homogéneo, ficción de la que se hace eco Blasco Ibáñez, quien demuestra tener unas nociones de la geografía, la historia y la realidad del Reino de Hungría bastante elementales y periodísticas, aunque, sin duda, superiores a los de la media de sus contemporáneos españoles. Es notable, pues, la contradicción en la que incurre el autor valenciano. Describiendo el barco en el que llevó a cabo el

² Estos pasajes en tamaño de letra reducido están tomados literalmente de las ediciones antiguas de Blasco Ibáñez, que pueden presentar una ortografía un poco distinta a la actual.

trayecto fluvial entre Viena y Budapest, dice: “¡Famoso viaje! Sobre la cubierta agrúpase una multitud pintoresca y abigarrada, que parece resumir en amontonamiento de pueblos del Imperio Austriaco” (Blasco Ibáñez 1924: 97), pero, a su vez, como se ha visto más arriba, dice de Hungría que “se gobierna aparte, con toda la altivez de un pueblo de vieja historia” (subrayado RB, SA).

En el viaje hay una escala en una ciudad que en la actualidad es la capital de Eslovaquia, Bratislava, que en aquella época todavía no tenía ese nombre, sino que era conocida como Preßburg en alemán y Pozsony en húngaro.

Presburgo³, la segunda ciudad húngara, que un tiempo fué la capital, la llaman los magiares Pozsony. Su catedral, donde antiguamente se coronaban los reyes de Hungría, levanta por encima de los tejados una aguja de piedra con calados que transparentan el azul del cielo. (Blasco Ibáñez 1924: 100)

Es curioso que al autor de *La Barraca*, quien menciona, aunque de pasada, la Catedral de San Martín, no le llamara la atención el bien visible cercano alcázar, tan parejo al de Toledo, si bien hay que tener en cuenta que en aquella época estaba todavía en ruinas después del incendio del año 1811. Aún es más llamativo que en una ciudad tan cargada de historia, fueran los aspectos más folklóricos y jaraneros los que de verdad considerara dignos de interés:

Gran movimiento de personas y fardos en el muelle de desembarque. Frente al vapor suena una alegre música. Es una orquesta de zingaros, negros y mele-nudos, que saludan á los pasajeros, haciendo sonar sus instrumentos, al mismo tiempo que ruedan los ojos y sonríen con una expresión inquietante, como si la música les inspirase proposiciones deshonestas. Son los violinistas de los cafés de París, los famosos tziganos de todos los *restaurants* elegantes del mundo, pero al natural, sin casacas rojas ni peinado brillante de pomada, servidos en su propia salsa de andrajos y suciedad. No llegan á diez y parecen una orquesta enorme por el terreno que ocupan y la «autoridad» con que tocan.

En primera fila están los pequeños, abiertos en extensa guerrilla y casi ocultos tras el violín; mucho más lejos, los padres, y todos tocando la *cazarda*, de ritmo desigual, endiablado y loco, con el busto echado atrás, el vientre saliente y la mirada perdida en lo alto, como si fuesen á desmayarse á impulsos de desconocida voluptuosidad. Es la actitud tradicional, el gesto de Rigo, que trastornó algo más que el seso á la inflamable princesa de Caramán-Chimay. (Blasco Ibáñez 1924: 100–101)

³ “Presburgo”, Blasco Ibáñez cita el nombre la ciudad en su forma españolizada, seguramente por analogía con otros topónimos de origen germánico más conocidos, como, por ejemplo, Hamburgo, Estrasburgo, Brandemburgo, etc.

Obviando los monumentos de la ciudad danubiana y los importantes acontecimientos históricos que tuvieron lugar en ella, el autor se centra en un suceso mundano, que fue la comidilla de la época y que llenó las páginas de lo que hoy llamaríamos “revistas del corazón”, aunque en la actualidad apenas se recuerda: el escándalo protagonizado por una joven y atractiva (para los cánones estéticos de aquellos tiempos) millonaria norteamericana llamada Clara Ward (1873–1916), quien en 1890 se había casado con un aristócrata belga medio tronado, Marie Joseph Anatole Pierre Alphonse de Riquet, Príncipe de Caraman-Chimay (1858–1937), a quien plantó en 1896 para fugarse con Rigó Jancsi (1858–1927), un violinista zingaro, al que ella conoció cuando él actuaba como “prímás”, es decir, violín principal, en un lujoso restaurante parisino (sobre la biografía de Clara Ward véase Rouser 2018). Además de por semejante campaña, Rigó Jancsi ha pasado a la historia por haber dado nombre a una tarta de chocolate considerada la estrella de la repostería húngara.

No deja de llamar atención que la escena costumbrista que describe Blasco Ibáñez, nada más llegado a lo que hoy es Bratislava, sea la actuación de una troupe de músicos callejeros, cayendo, consciente o inconscientemente, en el manido tópico de identificar al húngaro con el gitano. Pero no ha sido el único. Nada más y nada menos que Juan Ramón Jiménez (1881–1958) en el capítulo XXX de su elegía *Platero y yo* titulado “Los Húngaros” describe a una familia de gitanos trashumantes con un mono que hace piruetas. Además, en español existe la expresión coloquial “ir hecho un húngaro” en el sentido de “ir sucio, desaliñado y harapiento”⁴, de acuerdo con la descripción que se da de los violinistas ambulantes en ese pasaje. En en la sección citada llama la atención también el hápax “*cazarda*”, que indudablemente hay que interpretar como un error, no se sabe si del propio escritor o de los duendecillos de la imprenta. Se trata de una mala lectura de la palabra húngara “*csárdás*”⁵, nombre de una danza popular. El viaje prosigue:

⁴ La expresión “ir hecho un húngaro” en el sentido de “estar sucio, mal vestido, desastrado”, aunque ausente en los diccionarios generales de la lengua española, todavía hoy la podemos oír en el habla común o encontrar en algunos textos literarios o periodísticos. Esta expresión está recogida en varios diccionarios dialectales de la lengua castellana, por ejemplo, en el diccionario *El habla de Las Pedroñeras* de Ángel Carrasco Sotos (Carrasco Sotos 2016). Para más información, véase Carrasco Sotos 2012 y Alabos Fuentes 2013.

⁵ El vocablo “*csárdás*” procede de “*csárda*” – “posada, venta, mesón, fonda” (Gáldi 1986: 130), que se remonta al persa medio “*čahār tāg*” – “cuatro postes (que sostienen paredes y techo)” (Králík 2015: 100; MacKenzie 1990: 21, 81). Es, por tanto, un préstamo iranio, de los muchos que hay tanto en húngaro como en las lenguas eslavas y que, por ejemplo, da en ruso черпач “estancia, aposento” y, por extensión “palacio” (Vasmer 1986–1987, IV: 438).

Al alejarnos de Presburgo ó de Pozsony, la navegación adquiere una hermosura monótona; siempre ante la proa una extensión de río enorme, con el horizonte cerrado por una revuelta, que lo convierte aparentemente en mansa laguna. En las riberas se ven colinas cubiertas de cepas, que producen los vinos rojos de Hungría y el famoso *Tokay*, ó enormes peñones, cuyas cimas coronan castillos arruinados. (Blasco Ibáñez 1924: 101)

Hablando de Hungría, el autor no podía pasar por alto la alusión al “vino de los reyes y al rey de los vinos”. De no haberlo hecho, sus lectores se habrían sentido defraudados, pero no reparó en un pequeño detalle: el famoso “Tokaj” se cría exclusivamente en el Condado Zemplinense, actualmente dividido entre Eslovaquia y Hungría, que está situado a más de cuatrocientos kilómetros al Este del tramo del Danubio que va de Bratislava a Budapest.

Si los encantos de Preßburg/Pozsony no movilizaron en exceso la pluma de Blasco Ibáñez, éste sí que se muestra más receptivo, e incluso entusiasta, ante Budapest y algunos de sus monumentos, como se puede apreciar en los siguientes pasajes:

¡Budapest!... Nunca he experimentado sorpresa tan grande. La decepción de poco antes se cambia en alegría. Bendita idea la de venir por el Danubio y llegar embarcado á la capital de los magiares. Budapest es sencillamente la ciudad más hermosa de Europa al primer golpe de vista. No lo digo yo: lo afirman todas las guías y todos los viajeros.

Á la derecha del río, Buda, la ciudad antigua, extendiendo sobre una cadena de alturas sus recuerdos históricos. En la ribera izquierda, Pest, la población enorme, donde están los edificios recientes y las industrias modernas. Enormes puentes colgantes unen una orilla á otra, siendo como el guión que junta el nombre doble de la ciudad: Buda-Pest. (Blasco Ibáñez 1924: 102)

La opinión de que Budapest fuera “la ciudad más hermosa de Europa al primer golpe de vista” (Blasco Ibáñez 1924: 102) es un tópico por parte del autor, puesto que seguidamente parece que se distancia de esta impresión y se remite a lo que de la ciudad aseguran las guías y los viajeros. Yendo como iba camino de Constantinopla, el escritor viajero se fija en lo que considera una curiosidad que le avisa que ya está “en las puertas del Imperio de Oriente”:

En una colina inmediata, rodeada de jardines, existe una pequeña mezquita de forma octógona. Llama la atención este templo musulmán, blanco y escrupulosamente cuidado, en el católico Budapest, que ostenta junto al Danubio la iglesia de San Matías, semejante á un castillo.

La mezquita guarda bajo su blanca cúpula la tumba de Gül Baba, santón turco, que sus compatriotas juzgaron sacrílego llevarse á Constantinopla al

evacuar á Budapest. La obligación de conservar en buen estado la tumba del santo musulmán, figura en un artículo del Tratado de paz de Carlowitz, entre Austria y Turquía, en el siglo XVII, y los austriacos respetan el antiguo compromiso. (Blasco Ibáñez 1924: 102–103)

En este mausoleo, en turco “türbe”, considerado como el centro de peregrinación islámico situado más al norte en Europa, descansan los restos de Merzifonlu Cafer, conocido con el sobrenombre de Gül Baba, es decir, “el padre de las rosas”, pues la leyenda urbana le atribuye exageradamente el mérito de haber introducido el cultivo de las rosas en Hungría. Poeta favorito de Süleyman I el Magnífico y derviche de la orden (“tarikat”) Bektâşi, acompañó al sultán en sus campañas y falleció en Buda el 1 de septiembre de 1541 y allí fue enterrado, siendo considerado el “veli”, es decir, el *mutatis mutandis* santo patrono de dicha ciudad mientras estuvo hasta 1686 bajo dominio otomano con en nombre de Budin.

Ver escrito en este texto el nombre Gül Baba a la mayoría de los lectores no les llamará la atención, pues así es como se escribe en turco moderno y así es como aparece en enciclopedias y en obras de consulta actuales. Sin embargo, hay un detalle que merece especial atención. Lo que escribe Blasco Ibáñez no es la forma actual, sino la transcripción húngara de dicho nombre, el cual en 1907, faltando más de veinte años para la reforma Atatürkiana⁶ que suprimió el alifato e impuso el alfabeto latino, todavía se escribía گل بابا.

Tras la mención de esta rareza histórica, el autor se centra en “los tres orgullos de los ciudadanos de Budapest”, expresando admiración por su grandeza. Sin embargo, sorprenden, por no decir que escandalizan, las siguientes afirmaciones:

El Palacio real, el Parlamento y la Academia son los tres orgullos de los ciudadanos de Budapest. Los rudos señores magiares, que en el campo llevan aún una vida casi feudal, que no poseen otra ciencia que la hípica, educando los caballos en los pantanos inmediatos al Danubio, y cuando quieren obsequiar á un compatriota ilustre, pianista ó poeta, le regalan... un «sable de honor», hablan de la Academia de Budapest con el respeto supersticioso que inspira lo desconocido. La Academia húngara es una institución particular, fundada hace años por el conde Szechenyi, quien la instaló en lujoso palacio y la legó un excelente museo. (Blasco Ibáñez 1924: 106)

⁶ Con todo, no es en absoluto casualidad que tal transcripción húngara venga a coincidir plenamente con la ortografía del turco moderno, implantada en 1928, pues la comisión que llevó a cabo la adaptación del alfabeto latino a la escritura turca tuvo muy en cuenta la ortografía del húngaro, así como la de lenguas germánicas como el alemán o el sueco, para introducir las grafías “ü” y “ö”.

Los prejuicios son los prejuicios, de modo que el valenciano trotamundos se aferra a la idea preconcebida del caballo, el sable, la pelliza y el colbac, ignorando que en esa época, a principios del siglo XX, el Reino de Hungría estaba a la cabeza del desarrollo científico y tecnológico en Europa, con figuras como el ingeniero Tivadar Puskás (1844–1893), pionero del desarrollo de la telefonía; el ingeniero Loránd Eötvös (1848–1919), inventor de la balanza de torsión que lleva su nombre; el ingeniero János Csonka (1852–1939), co-inventor junto a Donát Bánki del carburador para motores estacionarios; el ingeniero Miksa Déri (1854–1938), constructor de plantas de energía eléctrica; el meteorólogo y sismólogo Andrija Mohorovičić (1857–1936), estudioso del límite que separa la corteza del manto terrestre, a cuya discontinuidad dio su nombre; el ingeniero Donát Bánki (1859–1922), co-inventor junto a János Csonka del carburador para motores estacionarios; el ingeniero Otto Bláthy (1860–1939), inventor del transformador eléctrico; el físico Jozef Murgaš (1864–1929), quien contribuyó al desarrollo de la telegrafía inalámbrica y de las comunicaciones móviles; el químico Richard Zsigmondy (1865–1929), Premio Nobel en el año 1925; el ingeniero Kálmán Kandó (1869–1931) pionero en el desarrollo de la tracción ferroviaria eléctrica; el inventor Štefan Banič (1870–1941), quien desarrolló el paracaídas; el médico Robert Bárány (1876–1936), Premio Nobel en 1914; el astrónomo y aviador Milan Rastislav Štefánik (1880–1919), célebre por sus estudios sobre espectrografía solar, etc., etc., etc. Blasco Ibáñez, en vez de hacer gala de algún conocimiento acerca de las personalidades de la ciencia o de la cultura, incide en el tópico del húngaro como un “rudo señor feudal” que sólo se interesa por montar a caballo y entrenarse en la destreza con el sable. Continúa el relato:

Pero de todos los edificios públicos, el que más entusiasmo a los magiares es el Parlamento. Los hijos y nietos de aquellos húngaros revolucionarios que en 1848 fundaron la República, presidida por Kosuth, ya que no pueden lanzarse al campo sobre veloces caballos de batalla, vestidos con su uniforme tradicional de húsar y blandiendo el corvo sable contra los opresores austriacos, se han refugiado en el Parlamento, el *Uj Orszaghaz*, como en un lugar de combate, donde dan expansión a sus resentimientos históricos.

El edificio, de construcción reciente, es digno de la importancia que atribuyen los húngaros a la vida parlamentaria, última manifestación, por el momento, de su antigua rebeldía.

Visto este palacio por primera vez, asombra é intimidada con su grandeza. Examinado más despacio, parece un disparate arquitectónico, una fanfarronada de piedra, con centenares de habitaciones y alas enteras que para nada sirven. El deseo de los húngaros fué poseer un Parlamento más grande que el de Viena y todos los del mundo; algo que por su inmensidad estuviera en relación con la importancia de sus aspiraciones políticas, y construyeron como gigantes. (Blasco Ibáñez 1924: 107)

Efectivamente, el Parlamento es quizá el edificio más impresionante de Budapest, con su colosal cúpula, sobre la que el viajero comenta:

Bajo la gran cúpula central, al término de una escalinata de mármol construida para colosos, está la rotonda de oro y mármoles policromos, titulada Salón del Trono. En ella, al abrirse el Parlamento, se reúnen a escuchar el discurso del invisible rey de Hungría, que vive en Viena, los cuatrocientos cincuenta individuos de la Cámara de Diputados y los trescientos de la Cámara de los Señores, todos vistiendo el uniforme nacional, cargados de cordones, con cinturón y collares de pedrería, la pelliza flotante sobre un hombro, el sable haciendo sonar las losas con el tintineo de su vaina de bronce, prolijamente cincelada; la mayoría con ojos belicosos, prontos a tirar del acero, como sus remotos abuelos se presentaron a la abandonada emperatriz de Austria para gritar: «*¡Moriamao pro regem nostrum Maria Teresa!*»; pero éstos si desean morir por alguien, es por la independencia de Hungría. (Blasco Ibáñez 1924: 108)

Otra vez nos encontramos a los húngaros vestidos de húsares, un lugar común tan manido que sólo puede resultar superable por los españoles vestidos de toreros. Por si esto fuera poco, el faramallero prosista muestra que andaba muy poco puesto en el conocimiento de la lengua latina, pues, según cuenta la historia, lo que gritaron los nobles húngaros el 11 de septiembre de 1741 en la Dieta de Pozsony ante María Teresa, que llevaba en brazos al futuro José II, fue: “*Mori-amur pro rege nostro Maria Theresia!*” La primera persona del plural de presente de subjuntivo, aquí con valor exhortativo, del verbo deponente *morior, moreris, mori, mortuus sum* es *moriatur* y no *moriamao*, que eso sería en italiano, y la preposición *pro* en latín rige ablativo, no acusativo.

A continuación, el narrador se enfrasca en un frívolo y descabellado análisis de la política húngara de la primera década del siglo XX.

El partido llamado independiente cuenta con más de la mitad de los individuos del Parlamento, acaudillados por el hijo de Kosuth, el héroe magiar. Los amigos incondicionales de Austria no llegan a cincuenta. Los misioneros viven gracias a la desdeñosa protección del partido de la independencia, que aun no cree llegada la hora de moverse, por miedo a la Alemania aliada del emperador austriaco. Cuando muera el anciano rey de Hungría ó cuando surja un conflicto en Europa que distraiga las fuerzas de la Triple Alianza, los húngaros harán indudablemente algo más que asistir a las sesiones de su Parlamento.

Mientras tanto, procuran dar a éstas la mayor amenidad posible, para entretenimiento del pueblo magiar, y que no se pierda la tradicional acometividad de la raza. (Blasco Ibáñez 1924: 108–109)

Vistos los fragmentos anteriormente expuestos, llama la atención la forma un tanto peculiar en la que se citan los nombres y términos húngaros. Así, aparecen *Szechenyi*, *Kosuth* y *Uj Orszaghaz*, cuando las formas correctas son *Széchenyi*, *Kossúth* y *Új Országház*.

Como ya se ha adelantado, a despecho de la propaganda oficial y la política de magiarización, la población del Reino de Hungría distaba de ser homogénea, pues era un país de minorías, en el que la más numerosa y la que controlaba todos los resortes del poder era la magiar, pero también, y sin contar el Reino de Croacia, unido a Hungría en la persona del rey-emperador, había minorías de eslovacos, rutenos, serbios y rumanos de Transilvania. Aunque se pretendiera de cara al exterior dar una imagen más o menos democrática del Parlamento Húngaro, no es menos cierto que los gobernantes magiares ponían en juego todas las triquiñuelas legales posibles para dificultar la llegada a éste de los representantes de las minorías no magiares y para acallar allí su voz.

Significativa es, por citar un ejemplo, la peripecia del abogado eslovaco Emil Miloslav Stodola (1862–1945), quien en el año 1905 se presentó a las elecciones al parlamento por el distrito de *Liptovský Svätý Mikuláš*, que entonces recibía el nombre oficial magiar de *Liptószentmiklós*, en reñida competencia con el candidato gubernamental Bertalan Lányi (1851–1921). Como las autoridades vislumbraban alguna posibilidad de éxito, Stodola recibió un recadito de parte de *József Kristóffy* (1857–1928), ministro del Interior, conminándole a retirar su candidatura o, en todo caso, a hacer una campaña discreta, con la promesa, en tal caso, de reembolsarle los costes electorales, pues era sabido que, aunque se presentaba bajo las siglas del Partido Nacional Eslovaco (*Slovenská národná strana*), pagaba de su bolsillo la mayor parte de tales gastos. Pero no sólo eso, pues la admonición del ministro contenía la advertencia de que si alcanzaba la victoria, le podría “venir una pequeña violencia regia magiar” (*jön egy kis magyar királyi erőszak*) (según Kováč et al. 1999: 21). El Dr. Stodola no hizo caso ni de promesas ni de amenazas, pero la maquinaria estatal se puso en funcionamiento y al final resultó elegido el candidato oficialista.

Otros hechos vienen a empañar la pintoresca y simplista visión que Blasco Ibáñez tenía de la realidad húngara. En el año anterior a su periplo oriental, concretamente del 26 de noviembre al 6 de diciembre, había tenido lugar en la ciudad de *Ružomberok*, que entonces recibía el nombre oficial magiar de *Rózsahegy*, el proceso contra el R. P. Andrej Hlinka (1864–1938), quien el 14 de diciembre de 1905 había fundado del Partido Popular Eslovaco (*Slovenská ľudová strana*) de orientación ultra-católica y anti-liberal, conforme a la doctrina emanada de la encíclica *Rerum Novarum* (1891) del papa León XIII (1810–1903). Junto con él fue procesado también el Dr. Vavro Šrobár (1867–1950) por “actividades subversivas anti-magiares”, como, por ejemplo, pedir cambios en la

ley electoral, para que los candidatos eslovacos y de otras etnias no encontraran tantas cortapisas, o exigir que los niños fueran escolarizados en su lengua materna y no exclusivamente en húngaro. Andrej Hlinka, quien previamente había sido suspendido *a divinis* por la autoridad eclesiástica, fue condenado a dos años de cárcel y el Dr. Vavro Šrobár a un año. Otros procesados de menor relevancia fueron obligados a pagar multas de diversa cuantía (Kováč et al. 1999: 30).

El 27 de octubre de 1907, mientras Blasco Ibáñez llevaba a cabo su placentera gira, estaba prevista la consagración de la recién construida Iglesia de la Virgen del Rosario (Kostol Panny Márie Ružencovej) de Černová, aldea entonces cercana a Ružomberok y hoy absorbida por su casco urbano, donde, por cierto, había nacido Andrej Hlinka, de quien había partido la iniciativa de la construcción de dicha iglesia. Aunque los habitantes de Černová eran muy pobres, lograron recolectar los 60.000 florines que costaron las obras, según proyecto del arquitecto Milan Michal Harminc (1869–1964), en el estilo neogótico de moda en la época. Aunque Hlinka ya estaba suspendido y condenado, sus feligreses rogaron a Sándor Párvy (1848–1919), obispo de la diócesis, que excepcionalmente le permitiera consagrar el templo, a lo que el prelado se negó y envió a otro sacerdote. A la llegada de la comitiva oficial, la multitud reunida trató de impedirle el paso y los gendarmes que cubrían el trayecto abrieron fuego contra los manifestantes, matando a quince e hiriendo de gravedad a otros diez. Este suceso, conocido como “la Tragedia de Černová”, suscitó la indignación general y fue condenado por diversas personalidades de la época, como Bjørnstjerne Bjørnson (1832–1910), Premio Nobel de Literatura del año 1903, o el conde Lev Nikoláevič Tolstoj (1828–1910). Como consecuencia, este trágico suceso acabó por dinamitar cualquier posibilidad de entendimiento entre eslovacos y magiares, cuyas relaciones ya estaban profundamente deterioradas tras el sucesivo rechazo por parte de las autoridades, por considerarlos pan-eslavistas y anti-magiares, de documentos como las Peticiones del Pueblo Eslovaco (Žiadosti slovenského národa), del 11 de mayo de 1848 o el Memorándum del Pueblo Eslovaco (Memorandum slovenského národa) del 7 de junio de 1861. En estos documentos los eslovacos, reconociendo el marco político y legal del Reino de Hungría, así como la integridad de su territorio, solicitaban lo siguiente: la abolición de la leyes que discriminaban a la población no magiar, el reconocimiento de la existencia de Eslovaquia, que habría de convertirse en un ente autónomo llamado Distrito Eslovaco de la Alta Hungría (Hornouhorské slovenské Okolie), el derecho a emplear la lengua eslovaca en la enseñanza y en la administración, la creación de una institución que velara por la lengua eslovaca (Matica Slovenská), la creación de una cátedra de Lengua y Literatura Eslovacas en la Universidad de Pest, el

apoyo estatal a las asociaciones culturales eslovacas, la libertad de prensa y una representación proporcionada de los eslovacos en el Parlamento Húngaro.

2. Lo que no pudo prever Blasco Ibáñez

Hilaridad causan los vaticinios del novelista, ya previamente vistos, asumiendo el papel de analista político: “Cuando muera el anciano rey de Hungría ó cuando surja un conflicto en Europa que distraiga las fuerzas de la Triple Alianza, los húngaros harán indudablemente algo más que asistir á las sesiones de su Parlamento” (Blasco Ibáñez 1924: 109). Teniendo en cuenta la situación de inestable paz armada en la que, bajo el disfraz de “Belle Époque”, se encontraba Europa después de la Guerra Franco-Prusiana (1870–1871) y de la Guerra Ruso-Turca de Liberación de Bulgaria (1877–1878), no hacía falta ser profeta para prever que tarde o temprano habría de surgir un conflicto que distrajera las fuerzas de la Triple Alianza, y resultó tan temprano, que ni siquiera hubo que esperar a que el anciano rey de Hungría, es decir, el Emperador Francisco José, muriera.

Tras el atentado de Sarajevo y el estallido de la Gran Guerra, los eslavos de la Doble Monarquía danubiana, y muy en especial los checos y los eslovacos, se negaron a luchar por una causa que no consideraban suya, pasándose en masa al enemigo. Con los miles y miles de prisioneros y desertores se formaron legiones checo-eslovacas en los ejércitos francés, italiano y ruso. Aunque dichas legiones checo-eslovacas no fueron decisivas en las operaciones bélicas, sus éxitos en campaña, comentados favorablemente por la prensa aliada, dieron a la causa checoslovaca amplia publicidad y sirvieron de excelente elemento de presión para los planes, tanto de Georges Clemenceau (1841–1919), primer ministro francés, como de Woodrow Wilson (1856–1924), presidente de los Estados Unidos, encaminados a destruir la monarquía de los Habsburgo. El último intento para evitar su colapso fue el manifiesto publicado por el emperador Carlos I de Austria, III de Bohemia y IV de Hungría y Croacia (1887–1922) el 16 de octubre de 1918, el cual no dio resultados positivos. El gobierno de Viena no tuvo otra elección que plegarse a las condiciones del presidente Wilson. La nota de aceptación del armisticio, firmada por el conde Gyula Andrassy (1860–1929), último ministro de asuntos exteriores de la Doble Monarquía, fue considerada como una sanción al proyecto de independencia. El Comité Nacional de Praga proclamó la república el 28 de octubre y dos días más tarde el Consejo Nacional Eslovaco en Turčiansky Svätý Martin se unió a la proclamación de Praga.

Así pues, al acabar la Primera Guerra Mundial surgió en el mapa de Europa una Hungría independiente de Austria y homogéneamente magiar, tal como había profetizado el ilustre valenciano, pero en unas circunstancias que en

1907 no habría llegado a imaginar: que Hungría lograría su independencia, proclamada el 16 de noviembre de 1918, a costa de perder la mitad de su población y dos tercios de su territorio con respecto a antes de la guerra. Según el tratado firmado en el Gran Palacio del Trianón de Versalles el 4 de junio de 1920 y que entraría en vigor el 31 de julio de 1921, Hungría cedía a Checoslovaquia la Alta Hungría (menos unos enclaves septentrionales con población polaca, que pasaron a Polonia) y la Rutenia Subcarpática; Transilvania y parte del Banato a Rumanía; otra parte del Banato más Croacia-Eslavonia, la región de Voivodina y los condados de Međimurje y Prekmurje al Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos, y el Estado de Burgerland a Austria, menos la ciudad de Sopron-Ödenburg.

Conclusión

Vicente Blasco Ibáñez nunca pretendió ser ni un Saavedra Fajardo, ni un Baltasar Gracián, ni un Jovellanos, ni un Menéndez Pelayo, ni un Unamuno. Todo lo contrario. Fue un escritor que buscó el éxito comercial con su prosa directa y enérgica, en ocasiones un tanto tosca, pero, primordialmente amena, lo que le aportó pingües ganancias y el ser considerado como el autor en castellano más leído y traducido de su tiempo. Dijo de sí mismo: “Soy un hombre que vive, y, además, cuando le queda tiempo para ello, escribe” (según Lázaro – Correa 1969: 103)

Su obra es de calidad muy desigual y muchos de sus escritos no han resistido el paso del tiempo, en especial sus novelas históricas. Lo más valorado de su producción siguen siendo sus novelas y cuentos de ambiente valenciano y, curiosamente, sus libros de viajes, los cuales todavía suscitan críticas muy favorables, si bien en ocasiones, como se ha demostrado en este trabajo, trató en ellos la verdad histórica y la realidad con una liviandad rayana en lo novelesco, con el fin de dar, según feliz expresión de Fernando Lázaro Carreter y Evaristo Correa Calderón (1969: 169) “satisfacción literaria a un público poco preparado”, incidiendo en los tópicos más adocenados, cuando pensaba que era eso lo que esperaban sus lectores.

De manera similar procede también en su libro *Oriente*, escrito durante su viaje para conocer el Imperio Otomano, realizado en el año 1907. El primer tramo del periplo termina en Hungría y corresponde a “Camino a Oriente”, y se pueden leer las descripciones de tres ciudades situadas a orillas de Danubio: Viena, Preßburg o Pozsony (la actual Bratislava), y Budapest. En la manera de presentar al lector español el Imperio Austro-Húngaro podemos notar que Blasco Ibáñez se basa en impresiones visuales instantáneas, propias de un viajero que sólo está de paso. Tales impresiones están enriquecidas por

algunos comentarios que pretenden dar más información y, sin embargo, son tan superficiales que parecen estar copiadas de alguna guía turística o de la prensa sensacionalista. Blasco Ibáñez intenta aparentar un cierto conocimiento de las zonas por donde pasa y de las que transmite información, pero queda en evidencia su desconocimiento de los aspectos geográficos, políticos y culturales de Hungría. El autor subsana su ignorancia con el aprovechamiento de tópicos apropiados para la mentalidad de los españoles de la época. Los intentos de profundizar en la explicación de la situación política y social tienen visibles carencias. Al describir Budapest, además de fijarse en los monumentos arquitectónicos más representativos, intenta plasmar una imagen del pueblo magiar, incurriendo en una serie de estereotipos simplificados, como el de “húngaro montando a caballo y blandiendo el sable” o el “húngaro vestido de húsar”. En los intentos de análisis político de la situación de la Europa Central, resume la situación en un único problema, el del anhelo de los magiares de independizarse de Viena. Prevé la separación entre Hungría y Austria, y también que ésta se iría a producir en un panorama bélico. Sin embargo, no se imaginaba que estos acontecimientos iban a estar tan próximos, ni que de ellos resultaría una transformación radical del mapa de Europa.

Salustio Alvarado

salvarad@filol.ucm.es
 Universidad Complutense
 ESPAÑA

Renáta Bojničanová

bojnicanova@fedu.uniba.sk
 Facultad de Pedagogía
 Universidad Comenius de Bratislava
 ESLOVAQUIA

Bibliografía

- Abalos Fuentes, M. 2013. “Ir hecho un húngaro” (Ir desaliñado o con pobre atuendo). – *Expresiones y costumbres de El Cañuelo*, <https://denuestrocanuelo.wordpress.com/2013/11/16/ir-hecho-un-hungaro/> (02.09.21).
- Blasco Ibáñez, V. 1924. *Oriente*. Valencia: Editorial Prometeo.
- Carrasco Sotos, Á. 2012. Húngaros y gitanos – Aportes para el nuevo diccionario de Las Pedroñeras. – *Las Pedroñeras*, <http://angelcarrascosotos.blogspot.com/2012/11/hungaros-y-gitanos-aportes-para-el.html> (02.09.21).
- Carrasco Sotos, Á. 2016. *El Habla de Las Pedroñeras. Tesoro léxico pedroñero*. 2ª edición. Cuenca: Eurográficas.

- Đurica, M. S. 2007. *Dejiny Slovenska a Slovákov*. Bratislava: Lúč.
- Gáldi, L. 1986. *Magyar-spanyol kéziszótár*. Budapest: Terra.
- Jiménez, J. R. 1963. *Platero y yo*. Madrid: Aguilar.
- Kónya, P. et al. 2013. *Dejiny Uhorska (1000–1918)*. Prešov: Vydavateľstvo Prešovskej univerzity.
- Kováč, D. et al. 1998. *Kronika Slovenska 1. Od najstarších čias do konca 19. storočia*. Bratislava: Fortuna Print & Adox.
- Kováč, D. et al. 1999. *Kronika Slovenska 2. Slovensko v dvadsiatom storočí*. Bratislava: Fortuna Print & Adox.
- Králik, L. 2015. *Stručný etymologický slovník slovenčiny*. Bratislava: VEDA.
- Kreutel, R. 1965. *Osmanisch-Türkische Chrestomathie*. Wiesbaden: Otto Harrassowitz.
- Lázaro Carreter, F.; Correa Calderón, E. 1969. *Literatura española contemporánea*. Madrid: Ediciones Anaya.
- MacKenzie, D. N. 1990. *A concise Pahlavi Dictionary*. Oxford: Oxford University Press.
- Rouser, K. 2018. Clara Ward, Michigan's Million Dollar Princess. – <https://www.hhhistory.com/2018/03/clara-ward-michigans-million-dollar.html> (02.09.21).
- Škvarna, D.; Bartl, J.; Čičaj, V.; Kohútová, M.; Letz, R.; Segeš, V. 1997. *Lexikón slovenských dejín*. Bratislava: SPN.
- Vasmer, M. 1986–1987. *Etimologičeskij slovar' russkogo yazyka*. [Этимологический словарь русского языка.] Moskva: Progress.